

## CAPÍTULO II

## La cámara alumbrada.

ERAN las dos de la mañana próximamente cuando el rey y la reina salieron de la embajada inglesa y entraron en palacio. El rey, muy preocupado, según hemos dicho, por la escena que acababa de tener lugar, tomó en seguida el camino de su cuarto, y la reina, que rara vez le invitaba á pasar al suyo, y que también parecía deseosa de entrar en sus habitaciones, no opuso ningún obstáculo á aquella retirada.

El rey había comprendido la gravedad de la situación; esto supuesto, en medio de aquella turba de cortesanos que los rodeaba, había un hombre en quien Fernando reconocía cierta superioridad y á quien siempre consultaba en las circunstancias difíciles, porque rara vez lo había hecho sin que recibiera de él un buen consejo.

Aquel hombre era el cardenal Fabricio Ruffo, el

mismo que hemos visto asistiendo al arzobispo de Nápoles en el *Te-Deum* cantado la víspera en honor del arribo de Nelsón.

Ruffo se hallaba en la cena que sir William Hamilton dió al vencedor de Abukir, y lo había visto y oído todo. Al salir, el rey le había dicho á media voz:

— Esta noche os espero en palacio.

Y Ruffo se había inclinado en señal de asentimiento á las órdenes de S. M.

En efecto, apenas hacía diez minutos que el rey había entrado en su cámara, después de prevenir al ujier de servicio que esperaba al cardenal, cuando le anunciaron que S. E. preguntaba si tendría la bondad de recibirle.

— ¡Que entre, que entre! exclamó Fernando en voz alta, de manera que el cardenal pudiese oírlo; ¡pues ya lo creo que tengo la bondad!

Al oír esto, Ruffo no esperó á que le llamase el ujier; inmediatamente franqueó la puerta de la real cámara.

— Y bien, mi eminentísimo, ¿qué decís de lo que acaba de pasar? preguntó el rey dejándose caer en un sillón y haciéndole señas de que se sentara.

El cardenal, sabiendo que una regia invitación es una orden, y que la mayor cortesía que puede



usarse con los reyes es obedecerlos en todo y por todo, tomó asiento en una silla.

— Digo que me parece el asunto en extremo grave, respondió Ruffo; afortunadamente, V. M. se ha metido en él por honrar á Inglaterra, y cumple al honor de Inglaterra prestarle su apoyo.

— ¿Qué opinión os merece ese mastín de Nelsón? Habladme con franqueza, cardenal.

— Con V. M., que es tan bondadoso para conmigo, siempre soy franco.

— Entonces, ¡decid!

— Como valor, es un león; como instinto militar, un genio; pero como talento, no pasa felizmente de ser una medianía.

— ¿Felizmente decís?

— Sí, señor.

— ¿Y por qué?

— Porque de ese modo, se le podrá conducir por donde se quiera mediante dos cebos.

— ¿Cuáles?

— El amor y la ambición. El primero corre por cuenta de lady Hamilton; toca á V. M. ofrecerle el segundo. El nacimiento de Nelsón es obscuro; su educación, nula. Ha conquistado sus grados sin poner el pie en una antecámara, dejándose un ojo en Calvi, un brazo en Tenerife y la piel de la frente

en Abukir; embriagad á ese hombre tratándole como á un gran señor, y, una vez embriagado, Vuestra Majestad hará de él lo que quiera. ¿Puede contarse con lady Hamilton?

— Según la reina, con la mayor seguridad.

— Entonces, es todo cuanto se necesita. Por medio de esa mujer, V. M. será dueño del marido y del amante: ambos están enamorados de ella como dos locos.

— ¡Con tal de que no se haga la mogigata!

— ¿Emma Lyonna hacerse la mogigata? Supongo que V. M. no abriga seriamente ese temor.

— ¡Pardiez! no digo que se haga la mogigata por gazmoñería.

— ¿Por qué, pues?

— Porque, dicho sea inter nos, con su brazo de menos, su ojo reventado y su costurón en la frente, el tal Nelsón no es un Adonis. Si para llegar á la región de los héroes hay que dejar todo eso en el camino, prefiero ser lo que soy.

— ¡Bah! ¡las mujeres tienen tan singulares ideas respecto á la belleza! y además, ¡lady Hamilton ama tanto á la reina! Lo que no haga por amor, lo hará por amistad.

— ¡Así sea! dijo el rey, en el tono de un hombre



que encomienda á la Providencia el cuidado de arreglar un asunto difícil.

Luego añadió volviéndose á Ruffo :

— Y ahora, ¿no tenéis un consejo que darme respecto á este delicado negocio?

— Sin duda; y el único razonable, en mi opinión.

— ¡ Veamos! dijo el rey.

— Vuestra Majestad tiene un tratado de alianza con su sobrino el emperador austriaco.

— Tratados de alianza tengo con todo el mundo, gracias á Dios; y eso es precisamente lo que me pone perplejo.

— Pero, en fin, V. M. debe, según creo, proporcionar cierto número de hombres en la próxima coalición.

— Treinta mil.

— Y combinar sus movimientos con los de Austria y Rusia.

Es cosa convenida.

— Pues bien, cualesquiera que sean las instancias que se os hagan, esperad para entrar en campaña á que lo hayan hecho los austriacos y los rusos.

— ¡ Pardiez! esas intenciones tengo. Ya comprendéis, Eminencia, que no me hallo en el caso de divertirme guerreando solo con los franceses. Pero...

— Conclud, señor.

— ¿ Y si Francia no espera la coalición? ¿ y si me hace la guerra que acaba de declararme?

— Según mis noticias de Roma, creo poder afirmar á Vuestra Majestad que los franceses no se encuentran hoy en disposición de hacerlo.

— Eso me tranquiliza un poco.

— Ahora, si V. M. me permitiera...

— ¿ Qué?

— Un segundo consejo.

— ¡ Pues vaya si lo permito!

— Vuestra Majestad no me había pedido más que uno; verdad es que el segundo es la consecuencia del primero.

— ¡ Hablad, hablad!

— Pues bien, si yo me hallara en lugar de Vuestra Majestad, escribiría de mi puño y letra una carta á mi sobrino el emperador, á fin de preguntarle, no diplomática, sino confidencialmente, cuándo pensaba ponerse en campaña; y obraría después con arreglo á lo que él me dijera.

— Tenéis razón, mi eminentísimo; voy á escribirle en seguida.

— ¿ Cuenta V. M. con un hombre seguro por quien poder mandar la carta?

— Con mi correo Ferrari.



—¿Pero es seguro, seguro, bien seguro?

—¡Cómo! querido cardenal, ¿queréis un hombre tres veces seguro cuando es tan difícil hallar uno que lo sea una sola vez?

—Pero, en fin, ¿os inspira esa confianza?

—Más que los demás.

—¿Ha dado á V. M. pruebas de ser fiel?

—Ciento.

—¿Dónde está?

—¿Dónde? ¡pardiez! por ahí debe andar por mis antecámaras: siempre está con las botas y las espuelas puestas, pronto á partir á la primera orden, que llueva, que ventee y no importa á qué hora.

—Bien: lo primero es escribir; después le buscaremos.

—¿Escribir? pronto lo habéis dicho, Eminencia: ¿dónde diablos queréis que yo encuentre papel, pluma y tintero?

—El Evangelio dice: *Quaero et inventes.*

—Yo no sé latín, Eminencia.

—« Busca y encontrarás. »

El rey se dirigió á su escritorio, abrió todos los cajones y los registró sin hallar en ellos nada que se pareciese á cañón de pluma ó á una hoja de papel.

—¡El Evangelio miente, cardenal! dijo.

Y se dejó caer en su sillón con aire compungido.

—¿Qué queréis? añadió lanzando un suspiro, ¡aborrezco el escribir!

—Sin embargo, V. M. está decidido á vencer esta noche esa repugnancia.

—Sin duda que lo estoy; pero ¡ya lo veis! no hay con qué: á esta hora sería necesario despertar á todo el mundo y no sé si aun así saldríamos del atolladero... Vos comprenderéis, amigo mío, que cuando el rey no escribe, nadie se cuida de tener plumas, ni tinta, ni papel. ¡Oh! la reina, que es una escritora, podría darnos todos esos adminículos: ella los tiene; pero, ¿quién se los pide? Si supieran que yo he escrito, creerían, y creerían bien, que peligraba el Estado. « ¡El rey ha escrito!... ¿Á quién? ¿por qué? » ¡Sería un acontecimiento capaz de escandalizar el palacio!

—Señor, dijo Ruffo, en ese caso, yo voy á encontrar lo que V. M. busca inútilmente.

—¿En dónde?

El cardenal saludó al rey, salió de la regia cámara y un minuto después volvió á entrar con papel, plumas y un tintero.

—¿En dónde mil diablos habéis encontrado esos chismes, Eminencia? preguntó el rey.



— No muy lejos de aquí: en el cuarto de uno de vuestros ujieres.

— ¡Cómo! ¿esos bribones se permiten, á pesar de mi prohibición, tener tinta, papel y plumas?

— Menester es que así sea, para que inscriban los nombres de los que vienen á solicitar audiencia de V. M.

— ¡Pero yo no les he visto nunca esos adminículos!

— Porque los escondían en un armario, que yo he descubierto. Conque, ya tiene V. M. todo lo que necesita.

— Vamos, preciso es convenir en que sois hombre de recursos. Ahora, mi eminentísimo, añadió el rey con dolorido acento, ¿es absolutamente indispensable que la carta vaya escrita de mi puño?

— Convendría que así fuese, para darle un carácter más confidencial.

— Entonces, dictadme.

— ¡Oh! señor...

— Dictadme, os digo, sino, echaré dos horas en escribir media carilla! ¡Ah! el tal San Nicandro debe estar condenado en cuerpo y alma por haber hecho de mí un burro semejante.

El cardenal mojó en la tinta una pluma recién cortada y se la presentó al rey.

— Escribid, pues, señor,

— Dictad, cardenal.

— Lo haré, puesto que V. M. me lo ordena.

Y dictó:

« Excelentísimo hermano, primo y sobrino, aliado y confederado:

» Creo de mi deber instruiros inmediatamente de lo que pasó anoche en el palacio del embajador de Inglaterra. Habiendo dado una fiesta sir William Hamilton á lord Nelson, quien, como sabréis, acaba de arribar á Nápoles procedente de Abukir, el ciudadano Garat, ministro de la República, ha visto en este obsequio motivo para declararme la guerra en nombre de su gobierno.

» Dadme á conocer por medio del correo que os envío, excelentísimo hermano, primo y sobrino, aliado y confederado, cuáles son vuestras disposiciones para la próxima guerra, é indicadme sobre todo la época en que pensáis ponerlos en campaña, pues nada quiero hacer sin vuestra cooperación, y sin que nos hallemos de acuerdo.

» Esperaré la respuesta de V. M. para arreglar mi conducta á las instrucciones que me comunique.

» No teniendo otro objeto la presente, quedo de Vuestra Majestad deseándole toda clase de prospe-



ridades, su buen hermano, primo y tío, aliado y confederado. »

— ¡Uf! exclamó el rey soltando la pluma.

Y levantó la cabeza como interrogando al cardenal.

— Hemos concluido, señor. Sólo falta á V. M. poner su firma.

El rey firmó, según costumbre: FERNANDO B.  
— ¡Y decir á Dios, continuó el rey, que yo hubiera invertido toda la santa noche en hilvanar esta carta! Gracias, gracias, mi querido cardenal.

— ¿Qué busca V. M.? preguntó Ruffo, viendo que el rey miraba á todos lados.

— Busco un sobre.

— Y tampoco le hay. Bien, trataremos de hacerle.

— ¡Otra de las cosas que San Nicandro no tuvo á bien enseñarme! Verdad es que habiéndosele olvidado enseñarme á escribir, debió mirar la ciencia de los sobres como cosa inútil.

— ¿Me permite, V. M.? preguntó Ruffo.

— ¡Cómo, si lo permito! exclamó el rey levantándose; ¡pues ya lo creo! Sentaos en mi sillón, querido cardenal.

Ruffo tomó asiento en el sillón del rey, y con maravillosa prontitud y destreza plegó y cortó el papel

que debía servir de sobre á la regia misiva.

Fernando miraba la operación con ojos de asombro.

— Ahora, ¿quiere decirme V. M. dónde tiene su sello?

— No os molestéis, cardenal, no os molestéis... voy á dárosle.

Ruffo selló la carta y el rey puso el sobrescrito.

Luego apoyó la barba en la mano y permaneció un instante meditabundo.

— ¿Tiene V. M. alguna otra cosa que ordenarme? preguntó Ruffo inclinándose.

— Quiero, respondió el rey sin abandonar su actitud pensativa, quiero que nadie sepa que he escrito esta carta, que nadie sospeche siquiera por qué persona la envió.

— Entonces, repuso Ruffo sonriendo, V. M. debe hacer que me asesinen al salir de palacio.

— Vos, mi querido cardenal, no estáis comprendido en ese *nadie*; vos sois un segundo yo.

Ruffo se inclinó.

— ¡Oh! no me deis las gracias, porque el cumplimiento no es muy lisonjero.

— Y ¿cómo nos arreglaremos, señor? es preciso que enviemos á alguno en busca de Ferrari.

— Justamente en eso estaba yo pensando.

29963



— Si supiera dónde está, dijo Ruffo, yo mismo iría á buscarle.

— ¡Pardiez! ¡yo también iría! contestó el rey.

— Vuestra Majestad dijo hace poco que Ferrari debía hallarse en palacio.

— Y así lo creo; pero el palacio es muy grande... Sin embargo, ¡esperad! bruto de mí que no se me había ocurrido...

Y abrió la puerta de la alcoba y empezó á silbar.

Un gran perro de caza, acostado en la alfombra cerca de la cama del rey, se enderezó á los primeros silbidos, vino en dos saltos á colocar sus patas delanteras sobre el pecho del monarca, lleno de cruces y cordones, y se puso á lamerle el rostro, operación que parecía ser tan del gusto del amo del perro.

— Le ha criado Ferrari, dijo el rey señalando al animal, y ya veréis cómo nos le busca en seguida.

Luego, cambiando de tono y dirigiéndose al perro como si hablase con un muchacho:

— Júpiter, añadió, ¿dónde está Ferrari? ¡Búscales! ¡búscales!

Júpiter pareció comprender perfectamente; pegó tres ó cuatro brincos por el cuarto, empezó á husmear lanzando alegres alaridos, y se puso á arañar con sus patas la puerta de un corredor secreto.

— ¡Ah! ¿estamos ya sobre la pista, mi buen Júpiter? dijo el rey.

Y después de encender una bujía en uno de los candelabros, abrió aquella puerta exclamando:

— ¡Busca, Júpiter! ¡busca!

El cardenal siguió al rey por curiosidad de ver en qué paraba aquello y por no dejarle solo.

Júpiter se lanzó hacia la extremidad del corredor y arañó á una segunda puerta.

— ¿Es por aquí, mi buen Júpiter? continuó el monarca.

Y como la primera, abrió aquella segunda puerta, la cual daba paso á una antecámara vacía.

Júpiter fué derecho á una puerta situada en el fondo, frente por frente á la que les había dado entrada, y se detuvo junto á ella.

— ¡Bueno, voy á abrirtela! dijo el rey.

Y volviéndose á Ruffo:

— Cardenal, añadió, creo que no andamos lejos.

En seguida abrió aquella tercera puerta: detrás había una pequeña escalera. Júpiter subió rápidamente una veintena de escalones, á cuyo extremo había otra puerta que también empezó á arañar, latiendo al mismo tiempo.

— ¡Zitto! ¡zitto! dijo el rey.

Fernando la abrió como las anteriores; pero esta



vez había llegado al término de su viaje : el correo, vestido y con las espuelas puestas, dormía sobre una cama de campaña.

— ¿ Eh? ¿ qué tal? dijo el rey, lleno de orgullo por la inteligencia de su perro; estoy seguro de que ninguno de mis ministros, incluso el de policía, hubiera sido capaz de hacer otro tanto.

Júpiter ardía en ganas de saltar sobre la cama de Ferrari; pero el rey le hizo señas de estarse quieto, y obedeció, yendo á colocarse detrás del monarca.

Fernando tocó en el hombro á Ferrari.

Aunque la presión fué ligera, el correo se despertó inmediatamente y se incorporó en la cama con ese aire de sobresalto propio del hombre á quien despiertan en medio del primer sueño; pero no bien reconoció al rey, se puso en pie y se cuadró esperando las órdenes de Su Majestad.

— ¿ Te hallas dispuesto á marchar? le preguntó el rey.

— Sí, señor, respondió Ferrari.

— ¿ Puedes ir á Viena sin detenerte?

— Sí, señor.

— ¿ Cuántos días necesitas para llegar?

— Señor, en el último viaje eché cinco días y seis noches: pero entonces conocí que se puede ir más pronto, que se pueden ganar doce horas.

— Y en Viena ¿ cuánto tiempo necesitarás para descansar?

— El que tarde en darme la contestación la persona á quien V. M. escribe.

— ¿ Es decir, que entonces estarás de vuelta dentro de doce días?

— Antes, si no me detienen ó si no me sucede alguna desgracia.

— Pues baja á la caballeriza y ensilla tú mismo un caballo: con él irás lo más lejos posible, aunque le revientes; cuando ya no pueda andar más, le dejas en casa de cualquier administrador de postas y le recoges á tu regreso.

— Bien, señor.

— Á nadie digas á donde vas.

— No, señor.

— Toma esta carta que entregarás en propia mano al emperador y no á ningún otro.

— Descuide V. M.

— Y la respuesta que te den no la entregues tampoco á nadie, ni á la misma reina.

— Vuestra Mejestad será obecido.

— ¿ Tienes dinero?

— Sí, señor.

— Pues en marcha.

— Al instante, señor.



Y en efecto : el buen hombre, después de haber metido la carta del rey en una bolsita de cuero cosida al forro de la chaqueta, de haber colocado bajo el brazo un paquete con alguna ropa blanca, y de haberse encasquetado su gorra de correo, se disponía á bajar la escalera sin más preparativos.

— ¡Cómo! ¿te vas sin despedirte de Júpiter? le dijo el rey.

— No me atrevía á hacerlo, señor, respondió Ferrari.

— ¡Vamos, abrazaos! ¿no sois antiguos amigos y no estáis ambos á mi servicio?

El hombre y el perro, que no esperaban sino el permiso del rey, se arrojaron uno en brazos de otro.

— ¡Gracias, señor! dijo el correo.

Y enjugando una lágrima, echó á correr por la escalera para ganar el tiempo perdido.

— Ó mucho me engaño, dijo el cardenal, ó ese hombre se hará matar por V. M. á la primera ocasión.

— Así lo creo, respondió el rey, y por eso pienso favorecerle.

Ferrari había desaparecido hacia ya rato cuando el rey y el cardenal llegaron al pie de la escalera.

En seguida volvieron al cuarto del rey por el

mimo camino, cerrando tras de sí las puertas que habían dejado abiertas.

Un ujier de la reina, portador de una carta de Su Majestad, esperaba en la antecámara.

— ¡Oh! exclamó el rey mirando la péndola, algo de grave debe ocurrir cuando la reina me escribe á las tres de la mañana.

— Señor, la reina ha visto luz en el cuarto de Vuestra Majestad y ha creído con razón que todavía no se había acostado.

El rey abrió la carta con la repugnancia que siempre le causaban las misivas de su mujer.

— ¡Bueno! dijo interrumpiendo la lectura, el príncipe es divertido : ¡se llevó el diablo mi cacería!

— Si me atreviera, preguntaría á V. M. lo que le anuncia esa carta.

— ¡Oh! atreveos, Eminencia. Esta carta me anuncia, que, al volver del festín, y á causa de importantes noticias recibidas, el señor capitán general Actón y Su Majestad la reina han decidido que hoy martes habrá consejo extraordinario. ¡Que Dios bendiga á la reina y al ministro! ¿Por qué no me dejan en paz como yo los dejo á ellos?

— Señor, respondió Ruffo, por esta vez, me veo obligado á deciros que tienen razón S. M. la reina y



el capitán general: un consejo extraordinario me parecía indispensable, y creo muy oportuno que se celebre inmediatamente.

— En ese caso, querido cardenal, ¿cuento con que asistáis á él?

— ¿Yo, señor?... Yo no tengo derecho de asistir al consejo.

— Pero yo tengo derecho de invitaros.

— Acepto, señor; otros llevaron á él la ofrenda de su genio, yo seguiré las inspiraciones de mi adhesión por Vuestra Majestad.

— Perfectamente. ¡Ujier! decid á la reina que mañana á la hora que me indica, esto es, á las nueve, asistiré al consejo. ¿No es eso, Eminencia?

— Sí, señor.

El ujier salió de la cámara.

Ruffo iba á seguirle, cuando resonó bajo las bóvedas del palacio el galope de un caballo.

El rey cogió de la mano al cardenal.

— De todos modos, ya tenemos á Ferrari en marcha. Eminencia, os prometo que seréis el primero á quien comunique la respuesta de mi sobrino.

— Gracias, señor.

— Buenas noches, cardenal... ¡Ah! ya pueden prepararse la reina y el ministro para el consejo de

mañana, porque les prometo que no me hallarán de buen humor!

— ¡Bah! dijo Ruffo sonriendo, el sueño calmará á Vuestra Majestad.

El rey entró en su dormitorio y pegó un furibundo campanillazo. Un ayuda de cámara entró desalentado, creyendo que S. M. se hallaba indispuerto.

— ¡Que me desnuden y que me acuesten! gritó el rey con voz estentórea; y otra vez, que se tenga cuidado con cerrar mis celosías, á fin de que nadie vea si á las tres de la mañana hay luz en mi cuarto.

Veamos ahora lo que ocurría en la *cámara oscura* de la reina, mientras que en la *cámara alumbrada* del rey tenía lugar la escena que acabamos de referir.